a todos importaba su defensa. Y movidos de lástima que les causaron los nuevos huéspedes, se partieron muchos a ayudar en la defensa de Tenuchtitlan, dejando suficiente guarda de gente en sus presidios y guaridas. Y como este día se retiraron los mexicanos tanto en lo interior de la ciudad, pareció a los castellanos que tenían las tres partes de las cuàtro de la ciudad ganadas; y Alvarado y Sandoval también pelearon bien; ganaron muchas puentes, con poco daño; y se pasó tan dichosamente este día, que se persuadía Cortés a que los mexicanos pidieran paz, la cual procuraba cuanto podía, enviando recados al rey Quauhtemoc y haciendo otras diligencias.

CAPÍTULO XCIII. *Cómo se prosigue el cerco de Mexico y cosas que van sucediendo; y se dicen valentías particulares de indios con la traición que los chinampanecas hicieron a los mexicanos*

EDRO DE ALVARADO, como le parecía que andaba ganancioso, en las acometidas y entradas que hacía con su gente, movió su ejército de donde estaba alojado y vino contra los tlatelulcas, a los cuales halló a punto de guerra y bien apercibidos. Comenzaron a pelear, los unos contra los otros, reciamente, así por agua, como por tierra y pelearon todo el día, sin poder hacer volver paso atrás a los tlatelulcas, de la raya de su sitio; y viendo que la noche se venía y el poco fruto de la batalla, se retiró Alvarado con su gente a su puesto, muy descontento de no haber hecho nada; y el día siguiente no volvieron a pelear; pero entraron en consulta de lo que habían de hacer el día siguiente, para entrar en la pelea; y salió determinado de llevar consigo cinco bergantines de armada, los cuales pusieron en un lugar que se llamaba Nonohualco, donde ahora está una ermita de San Miguel, a la salida de todas las casas de esta parte de Tlatelulco, yendo a Tlacupa. Para valerse de ellos y de su artillería contra los enemigos, hecho esto salieron los de a pie por tierra y los de los bergantines por agua, en busca de los indios, entendiendo que los tlatelulcas les saldrían al encuentro de guerra y que los cogerían en medio y los destruirían. Pero los indios, que los vieron venir, se estuvieron quedos en sus puestos y lugares, aguardando que entraran más adentro los castellanos, para cogerlos en partes donde no pudiesen fácilmente desenvolverse y matarlos o prenderlos, como los castellanos pensaban hacer en ellos.

A esta coyuntura salió un indio valiente (que parecía otro gigante Goliat contra el pueblo de Israel) y, con una rodela en la mano y una cota de algodón vestida, se puso solo en medio de el campo, con tres piedras en las manos y, arremetiendo con una veloz carrera hacia el ejército de los españoles, tiró con mucha fuerza la piedra que tenía en la mano derecha y dio con ella a un castellano, con cuyo golpe dio en tierra, y arrojó las otras dos que llevaba y no erró tiro ninguno y con cada una derribó el suyo. Luego tras esto acudió la tropa de la demás gente y cargó sobre los

que estaban junto al agua, los cuales viendo los golpes de el indio y la gente que cargaba, se fueron retirando hacia los bergantines para meterse en ellos y librarse de la fuerza de gente que sobre ellos cargaba. De esta manera se salvaron mojados y bien cansados, por haberse metido por el agua y haber hecho mucha fuerza para resistir y entrar dentro de los bergantines. De este indio (que se llamaba Tzilacatzin) se dice que iba en traje de otomí (a la manera que éstos salen armados para ir a la guerra), cortado el cabello en manera particular y graciosa, arremetiendo a los enemigos sin ningún temor, teniendo los ojos bajos y haciendo sus arremetidas como atontado. Los indios amigos de los españoles mostraron espanto en este hecho y acudieron contra él para matarlo; pero no pudieron, porque se les fue de las manos y se metió por entre los suyos y se escondió; y en esta escaramuza, donde los nuestros no ganaron nada y en otras que después tuvieron con estos de Tlatelulco, salía este indio disfrazado, cada vez de su manera, por no ser conocido y así hacía grande risa en el ejército de los nuestros y nunca le pudieron haber a las manos nuestros castellanos, aunque muchas veces lo procuraron.

Otro día salieron los nuestros con los bergantines a escaramuzar con los tlatelulcas, zabordando los bergantines cerca de las casas para saltar en tierra sin mojarse; y por tierra vinieron muchos tlaxcaltecas y otros amigos de los españoles y comenzaron a pelear con ellos, por agua y por tierra y aquí murieron de ambas partes cantidad de indios y pelearon todo el día hasta la noche. En esta refriega se aventajaron dos tlatelulcas, llamados Tzoyectzin y Temoctzin, los cuales con ánimo invencible, hirieron y mataron muchos de los indios amigos, hicieron hechos muy notables. Retiráronse los nuestros (siguiéndoles los tlaxcaltecas) y otros de la confederación castellana.

En este tiempo (estando ya los indios chinampanecas confederados con Cortés), pareciéndoles que era buena la ocasión para robar a los mexicanos cercados, enviaron a decir a el rey (debajo de cautela y maña), cómo querían entrar de secreto en la ciudad a ayudarlos; el rey, que no conoció la cautela y engaño, envióselo a agradecer, rindiéndoles muchas gracias por el buen ofrecimiento y luego les dieron dones, en señal de amistad y señalándoles los puestos donde habían de acudir, los fiaron de ellos. Acudieron todos los de la laguna, conjurados en esta traición, que eran los de Xuchimilco, Cuitlahuac y otros de la laguna y comenzaron a hacer demonstración de que peleaban contra sus enemigos; y estando ya revueltos los unos con los otros comenzaron a volverse contra los pobres mexicanos y tlatelulcas y a río revuelto (que dicen) suele ser ganancia de pescadores. Éstos, que lo eran, entraban en las casas y por fuerza u de grado, fingiendo ser de los de la alianza de los españoles, robaban cuanto hallaban y podían haber a las manos y todo lo iban echando en sus canoas para irse con ello, cuando se viesen llenas de sus despojos; y a los que se les defendían los mataban y a sus mujeres y hijos cautivaban y maniatados los ponían en sus canoas. Aunque al principio no se entendió esta traición, luego se descubrió el daño; y los capitanes, que la entendieron dieron voces para que

advirtiesen todos la traición que pasaba; luego acudieron todos los que hacían guerra a Alvarado y a los demás que con él estaban en aquella parte de Nonohualco y vinieron a favorecer a la ciudad, que estaba acometida de amigos fingidos y, acometiéndolos, comenzaron a matar xuchimilcas y chinampanecas en gran número y cautivaron muchos y les quitaron los robos que llevaban.

Andaban los españoles, a esta sazón, algo fatigados y como los vieron revueltos, unos contra otros, se retiraron, holgándose de verlos asidos y se alegraban de que el negocio pasase más adelante, por descansar y repararse, entre tanto que ellos se descalabraban, y no cesaban los mexicanos de cautivar chinampanecas, hasta que se acabó de sujetar la gente de la traición y engaño. Lleváronlos todos al rey Quauhtemoc, que estaba en sus casas, en el barrio de Yacacolco (que es donde agora está la ermita de Santa Ana). A esta sazón estaba con el rey Mayehuatzin, señor de Cuitlahuac, que había venido con su gente a la defensa de la ciudad y viendo la traición de los suyos, mandólos matar y así perecieron todos los traidodores, siendo sacrificados a los ídolos. De manera que murió en esta traición mucha suma de gente y con esto cesó la guerra entre los indios mexicanos y chinampanecas. Habiendo descansado estos días los españoles, volvieron a proseguir su guerra y vinieron con dos bergantines, bien aparejados, a aquel barrio de Nonohualco, que es en este Tlatelulco, y llegándose muy a la orilla de el agua, saltaron en tierra y comenzaron a pelear con los tlatelolcas; y aunque los indios hicieron rostro al principio, luego se desbarataron y dividieron, huyendo de las balas de los tiros y arcabuces y pusiéronse a la defensa de las casas que por allí había. De esta manera se ampararon y no osaban salir a pelear por miedo de la artillería; tampoco los nuestros osaban alejarse, ni apartarse mucho de los bergantines, porque no se los tomasen los indios; y como vieron los indios que los españoles no les acometían y que se estaban quedos y no se apartaban de los bergantines, determinaron de salir de los lugares donde estaban retraídos y ir contra ellos; y los acometieron y se trabó una muy reñida batalla, donde murieron muchos indios, de ambas partes y fueron presos quince castellanos, los cuales fueron llevados al rey Quauhtemoc y fueron muertos y sacrificados.

Procediendo la guerra cada día por tierra y por agua, iban los españoles arrinconando a los mexicanos y haciéndolos retirar a lo interior de la ciudad, que era en la parte de Tlatelulco (que agora se llama Santiago) y en una escaramuza que hubo, así por agua como por tierra, fueron presos diez y ocho españoles a los cuales despojaron de todas sus armas y vestidos y maniatados los presentaron al rey y a los señores que con él asistían en el barrio de Tlacuhchalco, donde estaba una casa que era como de audiencia, o en la misma parte donde está la ermita de Santa Ana; y allí dio el rey sentencia contra ellos, que fuesen sacrificados a los dioses en un templo que estaba cerca de aquellas casas y así se hizo luego, repartiendo los cuerpos por las personas que los habían prendido, los cuales se los llevaron y hicieron fiesta y banquete con ellos.

Todas estas cosas miraban los españoles sus compañeros, desde los bergantines y no osaban salir a defender a sus hermanos, ni a ofender a los que de esta manera los trataban, porque temían no viniese otro tanto por ellos, hasta mejor ocasión donde se pudiesen vengar de todo. Aderezaron otro bergantín y metiéronlo en el barrio que se llama Xocotitlan, que es agora San Francisco, que por otro nombre se llama Cihuatecpan y comenzaron allí a pelear con los tlatelulcas y ellos los trataron de tal manera que tuvieron por bien de volverse a su bergantín y por el mismo camino que habían llevado se volvieron a un barrio que se llama Coyonacazco, que es a la salida de la calzada de Guadalupe, donde hay una puente, en el principio de la albarrada, que corre la vuelta de San Lázaro y donde se ponen los cuartos de los ahorcados, cerca de la ermita de Santa Lucía, que por otro nombre se llama Amaxac. Aquí, en este lugar de Coyonacazco, tuvieron otra escaramuza con los españoles, donde murieron algunos indios; y Rodrigo de Castañeda, a quien los indios llamaron Xicotencatl, por tenerle por muy valiente hombre, estuvo bien cerca de perder la vida, aunque se escapó porque otro bergantín vino a favorecerlos en aquel peligro.

Fue mucho el aprieto en que pusieron los indios a los castellanos y entre otras muchas buenas suertes que tuvieron contra ellos, fue una, llegarse un indio llamado Tlapanecatleca a un alférez castellano y le arrancó de la mano la bandera y estandarte real, que demás de ser grandísimo atrevimiento, por haberlo quitado a un valiente español y ídose con él sin poder recuperarlo, fue caso que causó mucho ánimo a los indios y acometieron a los españoles tan valerosamente que parecía comenzar entonces la pelea y comenzando a dar voces a los otros, que estaban abscondidos, los cuales salieron en grandísimo número y viendo a los españoles que venían peleando sin orden y atropellados, embistieron con ellos y prendieron de esta vez cincuenta y tres y de los indios tlaxcaltecas, tetzcucas, chalcas y xuchimilcas, fue mucho el gentío que cautivaron; y con esta memorable victoria se fueron apartando de los nuestros, que tristes y desbaratados se fueron a su alojamiento y llevaron a indios y castellanos al rey Quauhtemoc, el cual mandó que luego fuesen sacrificados los nuestros en el momoztli y templo de su mayor dios y a los indios, por ser muchos, los repartieron en diversos templos, donde fueron sacrificados, con cuatro caballos que también prendieron en la refriega y las cabezas de todos las colgaron en las perchas de su mayor templo, en memoria de la victoria que les alcanzaron sus dioses. Esto harían los mexicanos, en presencia de su dios Huitzilopuchtli, porque luego que se comenzaron a retirar a esta parte de Tlatelulco, se trajeron consigo su imagen y figura y la pusieron en el barrio de Amaxac, en una casa llamada Telpuchcalli.